

# DIARIO BALEAR

del domingo 7 de diciembre de 1823.

S. Ambrosio Ob. y Dr.

## *Del ejército francés en España.*

Si es cierto que la gloria militar de Francia es superior á cuanto hay de mas ilustre en los tiempos modernos, si inmortales fatigas, si innumerables trofeos han patentizado constantemente al mundo el valor heroico y virtudes militares de sus guerreros, nos parece todavia que su título mas honroso es el que acaban de adquirir; y se considerará sin duda con nosotros la guerra actual de España como el último sello puesto á su celebridad. Efectivamente, reflexiónese por un momento sobre las circunstancias en que se ha emprendido esta guerra, y en los sucesos que la han caracterizado, y será imposible á la verdad, aun para el espíritu mas predispuesto en favor del soldado francés, que no reconozca aqui algo de inopinado, de extraordinario, y por decirlo asi, de milagroso, que llene de asombro y de admiracion hasta los corazones mas frios y hasta las almas mas indiferentes á nuestros triunfos.

Un pueblo largo tiempo nuestro amigo, á quien una injusta agresion habia hecho poco ha nuestro mas formidable enemigo, y cuya heroica resistencia á nuestras armas le grangeó, por fatal que nos haya sido, nuestro aprecio; este pueblo, restituido á nuestra alianza, viene á ser de repente la presa de una faccion desorganizadora, tan enemiga de los tronos como de la sana libertad, que intenta volver á sentar sobre esta tierra un poder anárquico que le fue arrancado en otra parte, y que no solamente tiraniza y desgarrar el seno de su patria, sino que parece amenazar á toda la Europa, con una nueva inundacion del torrente revolucionario.

A las señales de afliccion de esta desgraciada España, á los gritos alarmantes de la civilizacion europea, á la vista de un Rey cautivo por súbditos desleales, y á quien la sangrienta leccion de la historia le señala desde aquella época la suerte de los Reyes mártires; el corazon de nuestro augusto Monarca se conmueve, se llena de una noble compasion y luego su resolucion generosa va á poner en manos de los franceses estas armas consagradas por tantas victorias, para libertar al ilustre oprimido y para la conservacion de los principios eternos del orden social y de la legitimidad.

¡Pero que obstáculos, que peligros no se presentan contra este magnánimo desig-  
nio! ¡Que de reflexiones no se presentan de tropel al entendimiento, tan fundadas para inspirar y para motivar los temores mas graves! ¿Con que semblante este pueblo bravo, tan estremadamente zeloso de su independendencia, ha de ver una invasion armada en su territorio, aunque emprendida por su propio interes? Su noble altivez herida, el temor por sus hogares, las mentiras y los sofismas de la faccion que le domina, todo esto ¿no puede contribuir á estraviarle y aconsejarle una ciega y deplorable oposicion á nuestros esfuerzos?

«No van á despertarse repentinamente en él terribles resentimientos nacionales á la vista de estas huestes francesas, contra quienes poco tiempo há desplegabá tan furiosa como legítima resistencia? Y las fatigas, las privaciones crueles de las anteriores campañas, la ingratitude del suelo y las contingencias mortales de un clima que devoró nuestros valientes á millares,

¿qué motivos de inquietud y de espanto sobre la suerte futura de semejante empresa! ¿qué presagios desgraciados combaten la esperanza de la victoria, y que parecen justificar de antemano siniestras profecías! Por otra parte, muy pocos de nuestros antiguos campeones se han libertado de la guadaña del tiempo ó de la guerra: á estos les ha sucedido una nueva generacion á quien no falta sin duda valor, porque es francesa, pero le falta á lo menos la esperiencia en los combates y el hábito tan necesario de las campañas; ahora solamente algunos veteranos guerreros aparecen aun en las filas de esta juventud valerosa, no solo para servirles de guia y de modelo, sino para enseñarles á qué precio se compra el honor de vencer y cuán formidables son los contrarios que van á disputársele. Cien mil franceses armados pasan á este pais que devoró poco ha 6000 ¡6000! la flor de nuestra poblacion, y á quien una larga serie de trabajos en la guerra los habia igualmente habituado á las fatigas y á la victoria.

Tales son las espantosas dificultades de la empresa que se prepara, tales los auspicios bajo los cuales parece abrirse para nosotros esta intrépida campaña; y si es concedido á una sabiduría superior calcular mas sanamente la suerte de una guerra, y de prever sus felices resultados, sin duda es permitido tambien al ojo vulgar el ver en ella, aun sin prevencion maligna, el empeño de una lucha terrible, y la posibilidad de las mayores desgracias.

¿Pero qué importa á los valientes el aspecto de los peligros? ó mas bien ¿no es en ellos donde se ecsalta el verdadero valor? ¡Ved pues cómo la sola idea de estos riesgos que les aguardan, inflama á nuestros guerreros de un belicoso ardor!

Se diria que los buscan ansiosamente, y que su mayor alegría se cifra en la señal de los combates: sedientos de gloria y fatigados del reposo, se impacientan y se irritan de la menor tardanza, y parece que quieren acusar hasta la prudente lentitud de los preparativos. La justicia, la santidad de la causa que van á defender, el honor de nuestras armas que tie-

nen que sostener, la esperanza de hacerse famosos á la presencia de un Hijo de Francia, todo eleva y engrandece su alma; y como si la fortuna hubiese querido quitarles la ocasion de adquirir á la vez todo género de gloria, la traicion no les rodea con sus lazos vergonzosos, ni les asalta con sus pérfidos consejos sino para hacer brillar mejor todavia su decision y fidelidad.

Se abre por fin la barrera, y un ejército de héroes se arroja á la lid; ¡ya pisan esta tierra española, que debe temblar bajo sus plantas, y donde sus anteriores hermanos no hallaron mas que gloriosos infortunios! ¡Qué prodigios tan contrarios les aguardan! Su entrada es un triunfo, sus combates victorias; y cuando avanzan por medio de este pueblo, que debia levantarse en masa contra ellos, los saluda con las mas espresivas aclamaciones de su entusiasmo, y marchan sobre las flores que ha sembrado en su carrera; en una palabra, llegan al seno de una poblacion amiga, que embriagada de gozo y de reconocimiento, bendice con el Augusto Monarca que los envia, al Principe generoso que los manda.

¿Qué agente, qué poder ha cambiado pues casi repentinamente estos corazones altivos, en quienes la naturaleza ha grabado tan profundamente el ardor vengativo y el odio hácia el extranjero! (1) Sin duda (si ha de buscarse en las causas terrestres la razon de este prodigio); sin duda el amor del pueblo español hácia su Rey, su aversion á los revolucionarios, mucho mas que su altivez, pueden explicarlo en parte; pero para ser justos es preciso hacer honor á la conducta de nuestro ejército. Puestos á la prueba mas fuerte para el soldado, la de reprimir el furor é inpetuosidad que siguen á las victorias, y que muy frecuentemente producen un deplorable desenfreno, nuestros valientes han sabido vencerse á sí mismos; y dueños de sus pasiones como de su valor, han dado á la España y al mundo el admirable espectáculo de una discipli-

(1) El autor querrá decir, que los españoles son ardorosamente vengativos de las ofensas cuando estas se hacen á toda su nacion, y que odian al extranjero cuando este se declara su enemigo; y en este sentido se debe entender, pues vemos que en todo lo demas nos hace la debida justicia.

na, que no tiene ejemplo en los anales de las victorias, despreciando un botin ignoble, y elevándose á toda la altura de su magnífica mision: guerreros libertadores mas bien que conquistadores, no han querido oscurecer con debilidades el esplendor de su gloria: la han querido toda entera, pura y sin mancha, como la bandera que los guia, digna de la causa que defienden, y digna sobre todo del augusto general que idolatran, cuyo ejemplo les hace fáciles las virtudes mas heróicas.

¿Cómo esta magnánima moderacion podia dejar de conmover el corazon de un pueblo lleno de honor, y tan bien formado para conocer todo el precio de su generosidad? ¿Cómo habia de recibir y tratar como enemigos á tan dignos aliados? No puede inputársele á la España esta grosera descortesía; y por el acogimiento fraternal que ha hecho á sus libertadores ha testificado la nacion solemnemente su gratitud para con ellos. Dando todavia bajo este aspecto un justo elogio á la admirable disciplina del ejército frances y á los nobles sentimientos del pueblo español, lejos de nosotros la idea de debilitar en lo mas mínimo la gloria que tan legítimamente han adquirido nuestros guerreros en los numerosos combates de esta memorable campaña ¿Sin duda ha sido una gran desgracia para la humanidad el que tuviesen que desplegar su valor contra una porcion de este mismo pueblo, ciega por un feroz y falso patriotismo; pero si á pesar de la opinion manifestada de un modo tan terminante por la inmensa mayoría de la nacion, un gran número de españoles, contrariando la voluntad de sus hermanos, quisieron oponer al ejército libertador una dura resistencia, favorecida ademas en casi todos los puntos por las dificultades del suelo como por las del clima, por todas partes han vuelto á encontrar estos fanáticos en los actuales franceses, aquella raza de valientes, que no degenera, y en la que parece que el mas intrépido valor se trasmite con la sangre. La constancia de nuestro ejército ha triunfado por todas partes de los innumerables obstáculos que le oponian sus formidables adversarios y sus enemigos.

¿Recordaremos aqui los hechos, los lu-

gares y los hombres que en esta para siempre famosa lucha han ennoblecido mas nuestras armas? Pero seria preciso citar á la vez todos los encuentros de los dos ejércitos, todos los puntos de este vasto territorio por donde pasaron nuestros soldados, y todos aquellos á quienes la suerte llamó á las banderas. La fortuna, siempre favorable á todos, á nadie ha perdonado los peligros y fatigas. En esta guerra se han invertido las reglas ordinarias que protegen las grandes masas: cada combate es una refriega: la resistencia viene á ser individual: la victoria personal: el ejército está en cada soldado, y cada soldado á su vez responde del honor de todo el ejército. Citemos todavia, citemos entre tantas y tan brillantes acciones aquella heróica defensa de Vich, donde á pesar del número, la noche, la sorpresa, la misma traicion conspirando contra nosotros, fueron vencidos todos juntamente por la inalterable firmeza de una débil guarnicion: aquel memorable encuentro en las rocas de Fraga, donde se despreció la muerte con sobrehumano valor; y la sangrienta conquista de la Coruña, que derribó uno de los baluartes mas firmes de la revolucion; y este glorioso bloqueo de Barcelona, tan fertil en peligrosas escaramuzas; y sobre todo, la increíble accion de Lorca, inaudita hasta aqui en los fastos de la guerra, donde se vió á un puñado de valientes tomar de un golpe, y por decirlo asi, á paso de carrera, una ciudadela que se consideraba inespugnable defendida por siete reductos formidables de fortificacion, no menos que por una numerosa y desesperada guarnicion; y por último este admirable choque del Trocadero, donde la intrepidez francesa, llevada al mas alto grado de ecsaltacion por la presencia, como por el ejemplo de un agusto gefe, realizó todos los prodigios de la caballeria, triunfó de los mismos elementos, y coronó con el mas brillante triunfo la mas admirable campaña.

¿Pero para qué esta imperfecta pintura de las hazañas de nuestra ejército? ¿Para qué estos vanos é inpropios esfuerzos para describir la gloria de nuestros intrépidos soldados? Pero ¿qué necesidad tiene de que nuestra débil voz la proclame? Conpaginada está ya en la historia, escri-

ta con su sangre generosa en todas las rocas de la Cataluña, y sobre los muros humeantes todavía de todas estas ciudades que han sucumbido á su valor; y sobre todo, queda grabada con caracteres indelebles en nuestros agradecidos corazones, y su memoria vivirá entre nosotros mientras que en Francia se aprecie el esplendor de la virtud guerrera, realzada por la adhesión al príncipe y á la patria.

¿Hablares del héroe que está á la cabeza de tantos héroes y de los gefes valerosos que dirigen este noble ardimiento? Pero ¿qué podenos decir nosotros que no sea muy inferior á la gloriosa verdad patentizada ya por los hechos?

Príncipe, que acabais de sostener con tanto brillo el honor de la corona que el tiempo destina á vuestra frente; que levantando un trono casi abatido, librando de la opresión y tal vez del cadalso, á un Rey desgraciado y prestando á su pueblo el apoyo de vuestro valor y á sus consejos el de vuestra sabiduría, os habeis manifestado tan digno del alto rango donde vuestro nacimiento os llama para nuestra futura felicidad: recibid aquí, recibid en nombre de toda la Francia el homenaje de una admiración, que por grande que sea, no puede igualar á la grandeza de vuestra gloria: recibid sobre todo el tributo de su eterna gratitud; porque vuestras manos generosas han sofocado en su gruta el monstruo que amenazaba nuestro porvenir; y la hidra de las revoluciones, vencida por vos, sin esperanza de que vuelva á aparecer en nuestros climas, dejará respirar la patria en adelante en el seno de una dulce paz embellecida además por el espectáculo de vuestras virtudes, y por la memoria de vuestras victorias!

Y vosotros que habeis participado en los consejos, como en los campos de batalla, del honor y de los peligros de sus triunfos; vosotros en quienes la Francia reconoce con gloria suya resuscitados los héroes de todas las edades, los dignos émulos de los Bayard, Catinat, Duquesne y Condé, como los de Moreau, Desaix, Latouche-Treville y Montebello; vosotros cuyo nombre solo es un elogio, Molitor, Lauriston, Moncey, Damas, Guillemillot, Hohenlohe, Bordessoulle, Bourmont, Dona-

dieu, Larochejaquelein, Curial, Bourck, Vasserot, la Roche-Aimon, Hamelin, Duperre, Desrotours y tantos otros, que la gratitud pública por sí misma designa cuando yo los omito ¡queden satisfechos vuestros nobles corazones! Todo lo habeis hecho por la gloria; ella os paga hoy con una justa recompensa, ella ciñe vuestras sienas victoriosas con una palma inmarcesible; y vuestro Rey os prepara el arco triunfal, donde recibireis el aprecio de vuestros conciudadanos. = Jules Mareschal. (Gaceta.)

=====  
Palma 6 de diciembre.

ORDEN DE LA PLAZA. = Servicio para el 7.

Principal y oficial de ronda Pavia, hornabeque y sargentos de ronda Artillería, las demás guardias y Sargento de hospital M. Provincial = Socios.

=====  
Ministerio de hacienda de España. = Circular. = El señor secretario de Estado y del Despacho con fecha de 11 del corriente me dice de Real orden lo siguiente. = Escmo. Sr.: El Rey Nuestro Señor, penetrado de los gravísimos perjuicios que ocasiona la arbitrariedad que frecuentemente ha habido en las oficinas de Cuenta y Razon de pagar algunos sugetos mas que á otros por empeños ú otros motivos, haciendo que padezca la opinion de muchos empleados que no tienen parte, que el Real Erario ecsiga en descredito, y que acaso se corrompan ó perezcan familias pobres por socorrerse con preferencia las que no lo necesitan; ha resuelto S. M. que no se pague por ningun pretesto á una persona mas mesadas que á otra, y que á todos los comprendidos en una clase se les pague precisamente sin intermision; en el concepto de que si se acreditase haberse faltado al expreso cumplimiento de esta Real orden en cualquiera oficina, serán depuestos de sus empleos todos los que hayan firmado ó rubricado el libramiento. = De orden de S. M. lo traslado á V. para su noticia y puntal cumplimiento en la parte que le toca; dandome aviso de su recibo. Dios guarde á V. muchos años. Madrid 17 de Octubre de 1823. = Juan de Erro = Sr. Intendente de Ejército de Mallorca.

=====  
CON SUPERIOR PERMISO.

IMPRESA DE FELIPE GUASP.